

<u>MATERIA:</u> LENGUA Y LITERATURA	<u>AÑO:</u> 4TO
<u>TURNOS:</u> MAÑANA Y TARDE	<u>DIVISIONES:</u> TODAS
Docentes: Yapura, Karina - Fernández, Sandra - Salas Alí, Laura - Imperatrice, Flavia - Laura, Marcelina.	
<u>FECHA:</u> Junio-	<u>Literatura. Características. Intertextualidad. Géneros literarios.</u>

TRABAJO PRÁCTICO DE INTEGRACIÓN

Fecha de presentación: 29 de Junio de 2020.

Enviar al Correo electrónico: marcelina-05@hotmail.com

Colocar datos personales completos: Apellido, Nombre; Curso, División, Turno.

Para realizar las actividades, consulte los trabajos previos.

ACTIVIDADES

- 1) Tras leer los siguientes escritos, explique por qué se considerarían "literarios" y a qué subgéneros pertenecerían.

POEMA XX

Puedo escribir los versos más tristes esta noche.

Escribir, por ejemplo: «La noche está estrellada,
y tiritan, azules, los astros, a lo lejos.»

El viento de la noche gira en el cielo y canta.

Puedo escribir los versos más tristes esta noche.
Yo la quise, y a veces ella también me quiso.

En las noches como ésta la tuve entre mis brazos.
La besé tantas veces bajo el cielo infinito.

Ella me quiso, a veces yo también la quería.
Cómo no haber amado sus grandes ojos fijos.

Puedo escribir los versos más tristes esta noche.
Pensar que no la tengo. Sentir que la he perdido.

Oír la noche inmensa, más inmensa sin ella.
Y el verso cae al alma como al pasto el rocío.

Qué importa que mi amor no pudiera guardarla.
La noche está estrellada y ella no está conmigo.

Eso es todo. A lo lejos alguien canta. A lo lejos.
Mi alma no se contenta con haberla perdido.

Como para acercarla mi mirada la busca.
Mi corazón la busca, y ella no está conmigo.

La misma noche que hace blanquear los mismos árboles.
Nosotros, los de entonces, ya no somos los mismos.

Ya no la quiero, es cierto, pero cuánto la quise.
Mi voz buscaba el viento para tocar su oído.
De otro. Será de otro. Como antes de mis besos.
Su voz, su cuerpo claro. Sus ojos infinitos.

Ya no la quiero, es cierto, pero tal vez la quiero.
Es tan corto el amor, y es tan largo el olvido.

Porque en noches como ésta la tuve entre mis brazos,
Mi alma no se contenta con haberla perdido.

Aunque éste sea el último dolor que ella me causa,
y éstos sean los últimos versos que yo le escribo.

En "Veinte poemas de amor y una canción desesperada" de Pablo Neruda.

VIAJE AL ORIENTE

Tampoco olvidaré el tren que nos llevó a Marsella, cargado como una cesta de frutas exóticas, de gente abigarrada, campesinas y marineros, acordeones y canciones que se coreaban en todo el coche: íbamos hacia el mar Mediterráneo, hacia las puertas de la luz... Era en 1927. Me fascinó Marsella con su romanticismo comercial y el Vieux Port alado de velámenes hirvientes con su propia, tenebrosa turbulencia. Pero el barco de las Messageries Martims en el cual tomamos pasaje hasta Singapur, era un pedazo de Francia en el mar, con su petite bourgeoisie que emigraba a ocupar puestos en las lejanas colonias. Durante el viaje, al observar los de la tripulación nuestras máquinas de escribir y nuestro papeleo de escritores, nos pidieron que les tecleáramos a máquina sus cartas. Recogíamos al dictado increíbles cartas de amor de la marinería, para sus novias de Marsella, de Burdeos, del campo. En el fondo no les interesaba el contenido, sino que fueran hechas a máquina. Pero cuanto en ellas decían era como poemas de Tristan Corbière, mensajes todos rudos y tiernos. El Mediterráneo se fue abriendo a nuestra proa con sus puertos, sus alfombras, sus traficantes, sus mercados. En el Mar Rojo el puerto de Djibuti me impresionó. La arena calcinada, surcada tantas veces por el ir y venir de Arthur Rimbaud; aquellas negras estatuarias con sus cestas de fruta; aquellas chozas miserables de la población primitiva; y un aire destartalado en los cafés aclarados por una luz vertical y fantasmagórica... Allí se tomaba té helado con limón.

Lo importante era ver qué pasaba en Shangai por la noche. Las ciudades de mala reputación atraen como mujeres venenosas. Shangai abría su boca nocturna para nosotros dos, provincianos del mundo, pasajeros de tercera clase con poco dinero y con una curiosidad triste. Entramos a uno y a otro de los grandes cabarets. Era una noche de media semana y estaban vacíos. Resultaba deprimente ver aquellas inmensas pistas de baile, construidas como para que bailaran centenares de elefantes, donde no bailaba nadie. En las esquinas opacas surgían esqueléticas rusas del zar que bostezaban pidiéndonos que las convidáramos a tomar champaña. Así recorrimos seis o siete de los sitios de perdición donde lo único que se perdía era nuestro tiempo. Era tarde para regresar al barco que habíamos dejado muy distante, detrás de las entrecruzadas callejuelas del puerto. Tomamos un ricksha para cada uno. Nosotros no estábamos acostumbrados a ese transporte de caballos humanos. Aquellos chinos de 1928 trotaban, tirando sin descansar del carrito, durante largas distancias. Como había empezado a llover y se acentuaba la lluvia, nuestros rickshamen detuvieron con delicadeza sus carruajes. Taparon cuidadosamente con una tela impermeable las delanteras de los ricksha para que ni una gota salpicara nuestras narices extranjeras. "Qué raza tan fina y cuidadosa. No en balde transcurrieron dos mil años de cultura", pensábamos Álvaro y yo, cada uno en su asiento rodante. Sin embargo, algo comenzó a inquietarme. No veía nada, encerrado bajo un cerco de cumplidas precauciones, pero sí oía, a pesar de la tela engomada, la voz de mi conductor que emitía una especie de zumbido. Al ruido de sus pies descalzos se unieron luego otros ruidos rítmicos de pies descalzos que trotaban por el pavimento mojado. Finalmente se amortiguaron los ruidos, signo de que el pavimento había concluido. Seguramente marchábamos ahora por terrenos baldíos, fuera de la ciudad. De repente se detuvo mi richskaw. El conductor desató con destreza la tela que me protegía de la lluvia. No había ni sombra de barco en aquel suburbio despoblado. La otra ricksha estaba parada a mi lado y Álvaro se bajó desconcertado de

su asiento. —¡Money! ¡Money! —repetían con voz tranquila los siete u ocho chinos que nos rodeaban. Mi amigo esbozó el ademán de buscarse un arma en el bolsillo del pantalón, y eso bastó para que ambos recibiéramos un golpe en la nuca. Yo caí de espaldas, pero los chinos me tomaron la cabeza en el aire para impedir el encontronazo, y con suavidad me dejaron tendido sobre la tierra mojada. Hurgaron con celeridad en mis bolsillos, en mi camisa, en mi sombrero, en mis zapatos, en mis calcetines y en mi corbata, derrochando una destreza de malabaristas. No dejaron un centímetro de ropa sin trajinar, ni un céntimo del único y poco dinero que teníamos. Eso sí, con la gentileza tradicional de los ladrones de Shangai, respetaron religiosamente nuestros papeles y nuestros pasaportes. Cuando quedamos solos caminamos hacia las luces que se divisaban a la distancia. Encontramos pronto centenares de chinos nocturnos pero honrados. Ninguno sabía francés, ni inglés, ni español, pero todos quisieron ayudarnos a salir de nuestro desamparo y nos guiaron de cualquier modo hasta nuestro suspirado, paradisíaco camarote de tercera.

Llegamos al Japón. El dinero que esperábamos, proveniente de Chile, debía hallarse ya en el consulado. Hubimos de alojarnos, mientras tanto, en un refugio de marineros, en Yokohama. Dormíamos sobre malos jergones. Se había roto un vidrio, nevaba, y el río nos llegaba al alma. Nadie nos hacía caso. Cierta madrugada, un barco petrolero se partió en dos frente a la costa japonesa y el asilo se llenó de náufragos. Entre ellos había un marinero vasco que no sabía hablar ningún idioma, salvo el español y el suyo, y que nos contó su aventura: durante cuatro días y noches se mantuvo a flote en un trozo del buque, rodeado por las olas de fuego del petróleo encendido. Los náufragos fueron abastecidos de cobertores y provisiones, y el vasco, ¡generoso muchacho!, se convirtió en nuestro protector. En contraste, el cónsul general de Chile —me parece que se llamaba De la Marina o De la Rivera—nos recibió desde su altura empingorotada, haciéndonos comprender nuestra pequeñez de náufragos. No disponía de tiempo. Tenía que comer esa noche con la condesa Yufú San, Lo invitaba la corte imperial a tomar el té. O estaba embebido en profundos estudios sobre la dinastía reinante. —Qué hombre más fino el emperador, etcétera. No. No tenía teléfono. ¿Para qué tener teléfono en Yokohama? Sólo lo llamarían en japonés. En cuanto a noticias de nuestro dinero, el director del banco, íntimo amigo suyo, no le había comunicado nada. Sentía mucho despedirse. Lo esperaban en una recepción de gala. Hasta mañana. Y así todos los días. Abandonábamos el consulado tiritando de frío porque nuestra ropa se había disminuido en el atraco y sólo disponíamos de unos pobres suéteres de náufragos. El último día nos enteramos de que nuestros fondos habían llegado a Yokohama antes que nosotros. El banco había enviado tres avisos al señor cónsul y aquel engolado maniquí y altísimo funcionario no se había dado cuenta de un detalle como ése, tan por debajo de su rango. (Cuando leo en los periódicos que algunos cónsules son asesinados por compatriotas enloquecidos, pienso con nostalgia en aquel ilustre condecorado.) Aquella noche nos fuimos al mejor café de Tokio, el "Kuroncko", en la Ghinza. Se comía bien por esos tiempos en Tokio, amén de la semana de hambre que sazónaba los manjares. En la buena compañía de deliciosas muchachas japonesas, brindamos muchas veces en honor de todos los viajeros desdichados desatendidos por los cónsules perversos que andan desparramados por el mundo.

Singapur. Nos creíamos al lado de Rangoon. ¡Amarga desilusión! Lo que en el mapa era la distancia de algunos milímetros se convirtió en pavoroso abismo. Varios días de barco nos esperaban y, para complemento, el único que hacía la travesía había partido hacia Rangoon el día anterior. No teníamos para pagar el hotel ni los pasajes. Nuestros nuevos fondos nos esperaban en Rangoon. ¡Ah! Pero por algo existe el cónsul de Chile en Singapur, mi colega. El señor Mansilla acudió presuroso. Poco a poco su sonrisa se fue debilitando hasta desaparecer de un todo y dejar sitio a un rictus de irritación, — ¡No puedo ayudarles en nada! ¡Acudan al ministerio! Invoqué inútilmente la solidaridad de los cónsules. El hombre tenía cara de carcelero implacable. Tomó su sombrero, y ya corría hacia la puerta cuando se me ocurrió una idea maquiavélica: —Señor Mansilla, voy a verme obligado a dar algunas conferencias sobre nuestra patria, con entrada pagada, para reunir el dinero del pasaje. Le ruego conseguirme el local, un intérprete y el permiso necesario. El hombre se puso pálido: — ¿Conferencias sobre Chile en Singapur? No lo permito. Esta es mi jurisdicción y nadie más que yo puede hablar aquí de Chile. —Cálmese, señor Mansilla —le respondí—. Mientras más personas hablemos de la patria lejana, tanto mejor. No veo por qué se irrita usted. Finalmente transamos en aquella extravagante negociación con cariz de patriótico chantaje. Tembloroso de furia nos hizo firmar diez recibos y nos alargó el dinero. Al contarlos observamos que los recibos eran por una cantidad mayor. —Son los intereses —nos explicó. (Diez días después le enviaría yo el cheque de reembolso de Rangoon, pero sin incluir los intereses, naturalmente.) Desde la cubierta del barco que llegaba a Rangoon,

vi asomar el gigantesco embudo de oro de la gran pagoda Swei Dagon. Multitud de trajes extraños agolpaban su violento colorido en el muelle. Un río ancho y sucio desembocaba allí, en el golfo de Artabán. Este río tiene el nombre de río más bello entre todos los ríos del mundo: Irrawadhy. Junto a sus aguas comenzaba mi nueva vida.

En "Confieso que he vivido" de Pablo Neruda.

SALE CON SAL

(Microobra en un acto) de Alejandro Sapognicoff

Personajes

MATILDE

YANINA

HÉCTOR (una voz)

Matilde entra aceleradamente en el living, perseguida por Yanina.

YANINA: ¡Dale, ma! Ya tengo quince, ¡no puedo seguir yendo a la matiné! ¡Es un requemo!

MATILDE: *(Se detiene, harta)*. ¡Basta, Yanina! ¡Ya dije la última palabra!

YANINA: *(Desafiante)*. ¿Sabés lo que sos? ¡Sos una cuida!

MATILDE: ¿Yo, cuida?

YANINA: ¡Obvio! ¡Preguntale a papá y vas a ver que me va a dejar ir!

MATILDE: ¿Ah, sí? No me digas...

YANINA: Porque él me entiende...

MATILDE: Él te entiende y yo soy la bruja, la mala, ¿no? Está bien. Preguntémosle a tu papito, a ver si es tan moderno... ¡Dale! ¡Traé la sal!

YANINA: ¿Fina o parrillera?

MATILDE: *(Piensa un instante)*. Fina...

(YANINA va hasta un estante donde hay tres frascos señalados con carteles: "F", "P" y "G". Toma el que dice "F" y se lo alcanza a MATILDE que hace un gran círculo de sal en el piso. YANINA trae dos sillas y las ubica dentro del círculo, en forma contigua, enfrentando al público. Enciende una vela y la sostiene en la mano).

YANINA: *(Grita)*. ¡Pa!

(YANINA y MATILDE esperan un instante. YANINA se incomoda).

YANINA: Debe de haber salido...

MATILDE: ¡Qué va a salir! ¡Se está haciendo el sordo! *(Grita)*. ¡Héctor! ¡Héctor! ¡Contestá, querés!

(YANINA y MATILDE esperan. Nadie contesta)

MATILDE: *(Terminante)* Yanina, ¡alcanzame la parrillera!

(YANINA le alcanza el frasco marcado con la "P". MATILDE espolvorea sal dentro del círculo. Se vuelven a sentar).

MATILDE: *(En voz alta, amenazante)*. ¡Héctor!

(Nadie contesta).

MATILDE: *(Harta, ladra)*. Yanina, ¡traé la sal gruesa!

YANINA: *(Duda)*. ¡No, má! ¡Después dice que le arde todo! *(Hacia la nada)*. ¡Pa! ¡Contestá, que mami quiere usar la sal gruesa!

HÉCTOR: *(En off. Voz cavernosa)*. ¿Qué querés Matilde?

MATILDE: ¿Qué qué quiero? ¡Quiero que me contestes cuando te llamo, para empezar!

HÉCTOR: *(Siempre en off)*. Me estaba bañando...

MATILDE: ¡Claro! ¡Cuando lo llamo, el señor siempre está haciendo alguna cosa! ¿Me querés decir qué necesidad de bañarte tenés a esta hora?

HÉCTOR: *(Siempre en off)*. ¡Ni muerto puedo dejar de darte explicaciones!

MATILDE: Con tal de no hablar conmigo cualquier excusa es buena, ¿no?...

HÉCTOR: ¡Cortala, Matilde!

MATILDE: Para vos es fácil decir: "¡Cortala, Matilde!", si total después te vas y hacés vaya una a saber qué, con vaya a saber quién...

HÉCTOR: *(Off)*. Muy lejos no me puedo ir, si me estás invocando a cada rato... Hay cosas que nunca te quedaron claras... porque el cura dijo: "hasta que la muerte los separe", ¿entendés?

MATILDE: ¡Como siempre... evadiendo las responsabilidades!

HÉCTOR: Yo no quiero evadir nada... ¡Sólo quiero que me dejes descansar en paz!

MATILDE: *(A YANINA)*. ¡Descansar! ¿Lo escuchaste al comprensivo de tu papito...? Andá conociéndolo... La fiaca, lo único que le interesaba en esta vida... y lo único que le interesa en la otra... *(A HÉCTOR, furiosa)*. Esa pensión de... que... me dejaste, no alcanza para nada... Y tengo que mantener a ésta y las

pilchas que quiere a cada rato, y tengo que ir todas las semanas a cambiarte las flores... ¿Sabés a cuánto está el ramo de calas?

HÉCTOR: Si tanto te molesta ir al cementerio, no vayas y punto...

MATILDE: Claro, para que después, cuando esté con vos allá, todo el mundo me mire como diciendo: "¡Ahí va la que le dejaba que la tumba se quedara hecha un chiquero!". Ni muerta te voy a dar ese gusto, ¿entendés? ¡Ni muerta!

HÉCTOR: Entonces no te quejes...

MATILDE: ¿Sabés lo que me gustaría? Que aunque sea por una vez te calles un poquito la boca, me escuches y no te quieras quedar con la última palabra...

HÉCTOR: Vos me invocaste, Matilde...

MATILDE: ¿Ves? En eso tenés razón... ¡La culpa es mía! ¡Me equivoqué! Lo que tengo que entender de una vez por todas es que con vos nunca se pudo, ni se puede, ni se podrá razonar... ¡Hasta luego, Héctor! (MATILDE sopla la vela con furia. Con el pie "borra" parte del círculo de sal).

YANINA: ¡¿Por qué le cortaste, ma?!

MATILDE: ¿Qué sos, sorda? ¿No viste cómo me trató?

YANINA: Pero al final... ¿puedo ir a bailar a la noche?

MATILDE: ¡Por supuesto que no!

YANINA: ¡Por favor, ma!

MATILDE: ¡No es NO! Y te quedás en casa todo el fin de semana, ¿entendiste?

(MATILDE se va hecha una furia, murmurando entre dientes. YANINA se queda con bronca. Toma el frasco de sal parrillera. Se detiene, piensa un instante y va en busca de sal gruesa. Rearma el círculo. Se sienta. Enciende la vela).

YANINA: (Grito histérico) ¡Papáááá!

Telón.

2)- En el texto poético: a- Marque sus recursos y mencione el sentimiento expresado por el "yo poético",

b- Extraiga dos versos e intérpretelos.

3) Escriba el argumento del texto narrativo leído e indique dónde y cuando ocurren los hechos.

4)- En la obra teatral, identifique el conflicto y escriba una opinión breve sobre el mismo.

5) Produzca un texto poético, use e identifique los recursos estilísticos que empleó.

6) Elabore un texto narrativo en el que haya intertextualidad.